Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 05

Arte y postmodernidad

Posada Velázquez, Pablo Humberto

1993

https://hdl.handle.net/20.500.11777/4483

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

ARTE Y POSTMODERNIDAD

PABLO HUMBERTO POSADA VELÁZQUEZ, S.J.
ITESO

En los tiempos que corren -éstos, de la postmodernidad y de la globalización, del neoliberalismo y de la conformación de bloques financieros y comerciales-, pudiera parecer extemporáneo y aun exótico, referirnos a ciertos temas, como el humanismo, la filosofía, la necesidad de formar en valores, la importancia de los estudios teológicos, etc., sobre todo si tenemos en cuenta la generalizada falta de preparación, aunada a la falta de interés, para la aproximación a tales asuntos y para la captación y el análisis de ellos. El presente trabajo, pese a lo señalado, intenta la reflexión en torno a uno de esos temas -el arte-, teniendo en cuenta el contexto retador de la postmodernidad.

La falta de preparación a la que hicimos referencia, se ha venido agudizando de manera particular en la referente al arte: o bien pululan aquellos a los que no interesa en lo más mínimo aplicarse al estudio del arte, sus causas y repercusiones, o bien nos topamos a diestra y siniestra con otros (más peligrosos todavía) que sin querer admitir su inconsistencia ante el arte y su desconocimiento del fenómeno, llaman arte a cualquier cosa y se autoerigen en críticos *innatos*, además de dogmáticos.

Por otra parte, la apertura del hombre común al mundo del arte es terriblemente restringida; suele limitarse a las manifestaciones pictóricas, escultóricas y, a lo sumo, a las realizaciones arquitectónicas, probablemente porque se captan de manera directa por el sentido de la vista y porque, así se asume, parecen no necesitar de una preparación especial para ser leídas, interpretadas e incluso interpeladas.

Lo que difícilmente se nos ocurre es que el arte, desde su más remota aparición entre los hombres, resultado de necesidades apremiantes de expresión y vida, es lenguaje multifacético, "constituido por signos que poseen una carga cultural... fatalmente incomprensibles para quien no ha aprendido a leerlos" [1] y valorarlos.

Y acontece que el desciframiento de los signos propios del arte no se aprende precisamente en las escuelas, y menos ahora, tan preocupadas como dicen estar por la instrucción científica y el adiestramiento tecnológico; tan esmeradas en dotar al estudiante de los instrumentos apropiados para todo lo que juzga útil, funcional, operativo y oportuno para sobresalir en la competencia.

Las artes empero conforman -queramos admitirlo o no- un repertorio y un conjunto, con su origen en las manifestaciones prehistóricas; desde entonces, hasta las expresiones de la postmodernidad.

Por otra parte, la posibilidad de descifrar los signos aludidos está sometida a un proceso necesariamente lento y gradual, en relación ineludible con las capacidades de los sujetos para la captación del lenguaje privativo del arte, que posee vida propia y que por ello ha sufrido innegables evoluciones en el decurso de los siglos.

Además, los signos naturales del arte que lo es auténticamente, están y estuvieron unidos a los valores trascendentales, de lo cual se desprende en gran medida la dificultad, desde la contingencia, para el desciframiento y la valoración, sobre todo en lo que se refiere a las obras del arte del pasado. Y resulta todavía más difícil cuando se trata de un pasado remoto.

Pero sucede con el arte de todas las épocas que tiene la capacidad de cobrar réditos con el paso del tiempo y de ir adquiriendo nuevas formas de mensaje; así, las producciones pictóricas de Velázquez y del Greco nos ofrecen verosimilitudes distintas de las brindadas a sus contemporáneos; las películas del Neorrealismo Italiano y del Expresionismo Alemán son interpretadas de diferente manera en esta última década del siglo XX de como lo fueron en sus momentos respectivos. Esto se debe a la realidad de nuestros parámetros, según la vigencia y la universalidad de las obras, que ofrecen desde su entraña misma los elementos que le permitan al interlocutor la posibilidad de diálogo con ellas.

Sin embargo, a medida que el tiempo transcurre, cuando la efectividad y la eficiencia, además de la productividad, señorean nuestros campos conformados en bloques que se cierran; cuando las relaciones entre los pueblos se han modificado por la presencia de elementos que nos han ido llevando a un nuevo ajuste mundial, que se debate entre la disputa por los mercados y el predominio político; cuando verificamos una nueva distribución del trabajo y nuevas formas de acumulación y estructuras de subordinación; cuando nos vemos involucrados en una concentración sin precedentes del poder, originada en la revolución científico-tecnológica y tecnológico-informativa que, paradójicamente, es presentada como un desafío impulsor para las mayorías; cuando, finalmente, se van diluyendo las fronteras culturales debido en gran parte al derrumbe de las ideologías,

cuando todo esto se nos va imponiendo, las detracciones contra el arte - pobre realidad tolerada- se levantan cada vez más con mayor fuerza en la declaración extrema que le llega a negar su valor de lenguaje y la posibilidad de correr al parejo con el desenvolvimiento social de los pueblos.

Nuestro tiempo, comprometido como está con la productividad y el consumo, se adapta a la consideración de que los lenguajes son fundamentalmente informativos, y no se detienen en la estimación de otras posibilidades para ellos. Por lo mismo, se concluye que los lenguajes artísticos sólo pueden aceptarse como lenguajes si son capaces de ofrecer información sobre la sociedad, en lugar preciso y en tiempo delimitado. En consecuencia, el arte es considerado en general de manera fría, como realidad accesoria, carente de esencia espiritual y de una poética propia, como si nada tuviera que ver con la verdad del intelecto, la fuerza de la intuición y la vitalidad de lo imaginario, de la fabulación y del mito.

Es cierto que los grandes museos siguen atrayendo a públicos numerosos (sobre todo cuando ofrecen *novedades*) y que las muestras y retrospectivas artísticas preparadas obtienen magníficas respuestas; pero sucede así porque se revisten de espectacularidad y se ofrecen a un mundo en el que el negocio del espectáculo -sea cual fuere- produce jugosos dividendos por su innegable capacidad de convocatoria, tras acucioso análisis formulado por una mercadotecnia depurada... Entonces corren los ríos de espectadores y se levantan estadísticas, por la sencilla razón de que hay cosas que *se tienen* que ver y eventos a los que *se tiene que acudir.*

Pero no se trata obviamente de respuestas comprometidas frente al arte (que viene resultando pretexto) y de presencia por convicciones personales, sino de reacciones promovidas por "su majestad la publicidad", afanosa de llenar arcas. Menos aún es compromiso con el arte vivo de nuestro tiempo- sino actitud de curiosidad generalizada, empobrecedora e irreflexiva, frente a una de las realidades más hondas de la existencia propiamente humana.

Por eso resulta abrumadora la sensación de encarcelamiento en las sociedades inmediatistas y calculadoras (porque formamos parte de ellas) que se manifiestan insensibles al arte y la vitalidad que se desprende de él.

Aunque no se rechace explícitamente la afirmación de que el arte es manifestación esencialmente humana, probablemente porque no se ha sentido la necesidad de hacerlo, desde hace más de tres décadas (y en el momento actual con mayor descuido) se hace a un lado la convicción de que el arte ha de ser entendido como *ahondamiento, medio de expresión, instrumento de reforma, testimonio, enriquecimiento, orden e integración.* Todo eso es, en efecto, el arte, en tanto que a través de él puede el hombre

crecer y ser inflamado; en tanto que por el arte puede el hombre expresar (representar) lo más íntimo de sí mismo. Además, el arte es capaz, a un tiempo, de hacer diagnóstico, analizar y explicar -a través de los elementos que le son propios- la realidad paradójica de la condición humana y social.

Por otra parte, le es posible presentarse como resumen y crónica veraz de la vida y de la experiencia humana; en él y por él se propone el cambio y el mejoramiento de las condiciones sociales, de tal manera que los artistas de todos los tiempos (cuestión verificable) han jugado un papel fundamental en todas las reformas de la historia, sin que hayan prescindido de la capacidad que tienen para descubrir formas nuevas de quehacer artístico y hacerlas admisibles, en el afán -que se puede señalar como una constante- de procurar el orden aun en medio del caos. Así, han establecido relaciones entre el mundo de lo subjetivo (pensamiento e imaginación) y el mundo de la realidad objetiva, enriqueciéndolos a ambos.

Es importante tener en cuenta que muchos gobiernos (en el presente y en el pasado) han tomado a los artistas bajo su amparo con la intención de hacer más penetrante el influjo de sus obras; pero las reacciones no se han dejado esperar, de manera especial de parte de los receptores, que no le ven sentido a la obra de arte fuera de los sitios a los que se supone debe estar confinada, lo cual es expresión de un espíritu segregacionista, tan frecuente en el mundo contemporáneo.

Y se reacciona así porque se considera que lo imaginario es inútil en una realidad consagrada a la ciencia y a la técnica, a la productividad y a la compra-venta.

Además, es frecuente que a la obra de arte le reclamemos que nos diga algo que resulte captable desde nuestra capacidad de comprensión (o algo que no pretende decir), y si no responde según queremos, con facilidad alarmante nos inclinamos a rechazar la obra o bien a negarle valor.

Dicho de otra manera: solicitamos del arte que se ajuste a nuestra medida, sin aceptar la capacidad que de hecho tiene para hacernos crecer; así nos resistimos a vivir la experiencia capaz de transformar nuestra percepción estética y de llevarnos a ser más plenos en dinámica de integralidad. Ello acusa un fenómeno de no-identificación entre el arte y el público (receptor) al que se dirige.

Incluso podemos afirmar que, en la actualidad, el arte vivo carece de público: a lo más se ve acompañado por una pequeña porción de fanáticos, que se va reduciendo en proporción con el paso del tiempo. Para probar lo dicho, bastaría aplicar una encuesta para precisar el desconocimiento que se tiene en torno a los artistas más connotados de la época.

En verdad que siempre han existido los artistas incomprendidos, pero el hombre del siglo XX -y más agudamente durante las últimas décadas-

se encuentra lejos, muy lejos, tanto del arte vivo de su tiempo como del arte del pasado, lo que podemos describir como indiferencia; indiferencia general del hombre por la cultura, seguramente porque ha dejado de creer en ella.

Aquí podemos preguntarnos: ¿Qué sucede en realidad con los conciertos en los que son interpretadas las obras de los llamados grandes autores? ¿Qué sucede con la Ópera? Los nombres de algunos artistas del Renacimiento, ¿no resultan más familiares por las exhibiciones de las "tortugas ninja" que por la obra que nos legaron? ¿Y qué sucede con el teatro y con la lectura? ¿Qué con la poesía?

Es desconsolador en verdad verificar la ignorancia de noveles alumnos universitarios en lo tocante a los asuntos aludidos; y más deprimente aun cuando, concluida la formación profesional, se detectan las mismas limitaciones, muchas veces agravadas, en los jóvenes egresados. Revisar en ocasiones los trabajos de tesis para optar por un título -sea de lo que fuere- resulta *lamentable.*

Es que la cultura es visualizada, incluso por muchos que se autonombran "maestros", como asunto irritante, molesto y, por demás, sospechoso...

Sin presentar estadísticas que nos pondrían el alma en los pies, conviene que nos detengamos por unos momentos en México, nuestro país, sin negar los avances logrados en diversidad de campos y niveles y la multitud de esfuerzos originados en los buenos propósitos.

Sabemos que las campañas contra el analfabetismo no lo han erradicado, ni mucho menos; además, la tarea educativa (¿desde cuánto hace?) sale de una crisis para entrar en otra... Si obtuviéramos datos fehacientes de la suerte que corren las bibliotecas en cuanto al número y a la calidad de los usuarios (procurando, por ejemplo, una estadística no en números absolutos sino relativos), sufriríamos una gran decepción, porque cada vez se lee menos.

Todo ello se debe en gran medida a que nuestras ciudades, en su crecimiento, se han convertido en espacios de circulación y de trabajo en los que, por razón del "progreso", el arte constituye un freno, además de concebirse como un estorbo.

Además, la educación para el arte (pensemos seriamente en la realidad de nuestras universidades) está limitada cuando mucho a unos cuantos demandantes, de los que se piensa han equivocado el camino si quieren acceder al triunfo ("¿Para qué les puede servir? nos preguntamos con desaliento).

Por otra parte, los responsables de ello no afrontan el reto de contribuir a mejorar el ambiente estético del hombre, y la fealdad se expande por doquier, obligándonos a que nos acostumbremos a ella: fealdad

arquitectónica por el pretexto de la funcionalidad, fealdad de la moneda, de los anuncios, de las modas... Así no podemos asombrarnos -cuando se derrumba una edificación con estilo definido para dar lugar a un estacionamiento público o a una reflectante cajota de cristal- de la falta de educación artística de los mexicanos, si tenemos en cuenta, además que en la escuela prácticamente no existe enseñanza para la apreciación de las artes, que la culturación de adultos carece de recursos y que el ambiente de los medios masivos de comunicación es cuando menos -por darle un calificativo en actitud de benevolencia- *siniestro.*

Así las cosas, ubicados en una realidad que, tanto nacional como internacionalmente, se ha visto afectada por cambios radicales, no es posible eludir que en el mundo de hoy, que espera la irrupción del siglo XXI (y de alguna manera la prepara), señorean cada vez con mayor fuerza los llamados decididores (jefes de empresa, altos funcionarios, dirigentes de organismos diversos). En tal situación, las certezas asumidas hasta hace relativamente poco y proclamadas por la historia, se ponen en tela de juicio, y cada cual se remite a sí mismo, en la convicción de que ese sí mismo es sin embargo poca cosa; disgregación hacia una masa compuesta de átomos lanzados a la sinrazón y al absurdo. Siendo poca cosa el *sí mismo,* está atrapado en un tejido de relaciones de todo tipo, en el que los círculos de comunicación resultan relevantes y en la convicción de que el conocimiento, a fin de cuentas, resulta irrelevante, en tanto que se acepta sin cuestionamientos que "la primera de todas las fuerzas que dirigen al mundo es la mentira" -como señala Revel-.

En tal dinámica, la diversidad de lenguajes (entre ellos el arte) es manipulada a placer, según le convengan al entramado social, exigente y consumista. Y los diversos lenguajes se utilizan, iniciando por la pregunta que reclama respuesta, en la construcción de diálogos diversos, muchas veces encontrados. Sobra señalar que el aspecto lingüístico cobra relevancia especial.

Lo dicho hasta el momento nos lleva a establecer la siguiente pregunta ¿Dónde estamos?... Formando parte de un mundo en el que prevalecen las dudas sobre lo legal y lo verdadero, porque el hombre de la postmodernidad ya no cree en los grandes relatos, desconfía de las emancipaciones ciudadanas y de la acción del Espíritu sobre los hombres... Además, tras los acontecimientos más o menos recientes, no se cree ya en la aspiración de una sociedad sin clases. Quienes tienen la palabra son los *decididores,* que ofrecen la perspectiva del poder y la pacificación, aunque el hombre perciba que el saber, convertido en mercancía, es fuente de ganancias y medio de control...

Es evidente que esta realidad en la que nos encontramos inmersos

entraña multitud de preguntas que se refieren a la dignidad de la persona humana, a las dimensiones de la verdad y de la fe, a las exigencias de la justicia, a la indiscutible valía de los derechos humanos. Y desde tales referencias, deberíamos abordar la problemática, sin actitudes vergonzantes ni claudicaciones y procurando eludir tanto las proclamas retóricas como las afirmaciones simplistas, pues es el destino de la humanidad -nuestro destino- el que está en juego.

Se impone que procedamos con paso firme en el propósito de abatir al desaliento y al conformismo que nos lleven a exclamar: "Si las cosas están así, aceptémoslas", pues tal postura contradice la esencia misma de nuestra libertad, que deberá conducirnos, por los caminos de búsqueda de la verdad, al punto Omega, del que hablara tan elocuentemente, con pasión y convencimiento Teilhard de Chardin.

Y en cuanto al arte, ¿qué?

De entre la diversidad de caminos que se ofrecen, existen fundamentalmente dos: el de la conformidad con la situación prevalente y el de la rebeldía frente a ella. Si se lanza por el primero, el artista habrá renunciado a sus posibilidades de manifestación auténtica y a su esencia más honda: habrá minusvalorado al arte... Si por el segundo, el arte (y el artista) seguirá siendo lo que es y procurando lo que se puede esperar de él, porque se expresará con la voz profética que lo enaltece y que le permite ser lo que su esencia le reclama.

Compete a los artistas elegir y a los estudiosos del arte (entre los cuales se pueden encontrar los mismos artistas), sancionar, en la convicción de que el arte auténtico tendrá vida en tanto la humanidad no haya conquistado la perfección.

En tal propuesta, sigue siendo válida la afirmación de Michel Ragón, pronunciada hace varios años: "Para esto se requerirá sin duda que nuestra civilización logre encontrar su ética, a la par que su estética." [2]

En tal dilema se encuentra el arte en el momento presente; tales son los retos que le salen al paso... Desde su hondura podrá sortear los obstáculos. Pero le serán necesarios el valor y la honestidad, además de la irreductible lealtad a su esencia misma, en el reconocimiento agradecido de que Dios, al día sexto, hizo al poeta...

Referencias

1. **Ragón, Michel,** *El Arte ¿para qué?* A pleno sol 29, Edit. Cotemporáneas, México, D.F. 1974, p. 9.
2. **Ibid**, p. 147.